

751

Nº 11-12



C A U C O S E S

revista ★
literaria
j e r e z



la editan:
francisco
montero
galvache
josé maría
hernández
rubio
pedro
montero
galvache



n ú m e r o s
11-12

a rosalia de castro
m a y o
j u n i o

INDICE:

Nuestra página de honor: Rosalía de CASTRO.-Tres glosas al Centenario de Rosalía de Castro: Francisco MONTERO GALVACHE.-La safo gallega: Teodoro MOLINA.-Rosalía de Castro (En las orillas del Sar): P. PÉREZ CLOTTET.-Rosalía de Castro: 1937: J. RUIZ PEÑA.-Meditación sobre el contorno: Campo y ciudad de Rosalía: José M.^o HERNÁNDEZ-RUBIO.-Rapazas d'Armea d'Abaixo: Nostalgia mariñeira: Cecilio PANIAGUA.-Introducción a unos motivos gallegos: Eugenio D'ORS.-Rosalía de Castro: La mujer y la poetisa: Carmen CARRIEDO DE RUIZ.-Rosalía de Castro: Semblanza lírica: Pragmacio SALGADO.-El Otoño del poeta: Novela corta (continuación): Pe-

Ayuntamiento de Madrid

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y
Estaño, montada con los adelantos más modernos de
la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8.-T. 1928

FOTO ARTÍSTICA

PANIAGUA

José Antonio Primo de Rivera, 47. JEREZ

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

ESPECIALIDADES: AMONTILLADO VICTORIA :-: COÑAC PLUS ULTRA
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

DISPONIBLE

J. FIALLO

Trabajos fotográficos de to-
das clases.-La más visitada.
Taller para Aficionados.

Santa María, 15. JEREZ

E. RIVELOTT

Tapones CORONA

Precintaje en general

General Sánchez Mira, 25. JEREZ

Esencias y Productos Enológicos

“LUQUE”

GENERAL SÁNCHEZ MIRA, NÚM. 14.

TELÉFONO NÚM. 1736

JEREZ DE LA FRONTERA

Ayuntamiento de Madrid

CONSEJO PARA CONOCER LA
CALIDAD
DE UN PRODUCTO



SABER SI ESTE VINO ES BUENO
ES FACIL, NO ES UNA CIENCIA.
PRUEBA ESTE MEDIO SENCILLO;
!! PREGUNTA A LA COMPETENCIA !!

Solero



ADALF
BERTO

PEDRO DOMECQ VINOS Y COÑAC JEREZ

Ayuntamiento de Madrid

Nuestra página de honor

Haxe ou mañan, ¿quén pode decir cándoo?
Pero quisáis moi logo,
Viránme á despertar, y en vez de un vivo
Atoparán un morto.

O redor de min levantaránse
Xemidos dolorosos,
Ayes de angustia, choros d'os meus fillos,
D'os meus filliños orfos.

Y eu, sin calor, sin movemento, fría,
Muda, insensibre á todo,
Así estarei cal me deixare a morte
O helarme co'o seu sopro.

E para sempre ¡adiós canto eu quería!
¡Qué terrible abandono!
Antre cantos sarcasmos,
Hai, ha de haber y houbo,
Non vin ningún que abata máis ós vivos
Q'oo d'a humilde quietú d'un corpo morto.

Más rápidos que el rayo,
Más alados que el viento,
Inquietos vagabundos que no pueden
Refrenar nunca el inconstante vuelo,
Así descienden de la mar al fondo
Como escalan la altura de los cielos.
Mas si son impalpables e incorpóreos
Y múltiples y varios,
¿Por qué llamarles pensamientos negros
O pensamientos blancos,
Si no tienen color, esos del alma
Eternos e invisibles soberanos?

ROSALÍA DE CASTRO

TRES GLOSAS AL CENTENARIO DE ROSALÍA DE CASTRO

I

En la tarde quieta y en calma, tibia y llena de olor de rosa, he llegado, sin proponérmelo, a cantarte, Rosalía. Estaba leyendo tus versos, dentro de mi alma, bajo esa luz rosada que deja, en los párpados, la ausencia del Sol.

Y un temblor dulcísimo me llena los ojos de tu vida y de tu forma: Tú, crucificada en lo mejor de tus años, en la plenitud de tu alma sufrida, por el amor de todos. Tan grande tu intimidad, Rosalía, que a fuerza de leerte, he llegado a sentir la angustia de no comprenderte a fondo, en el último resplandor de tu luz íntima y alada, como un tránsito de ave en la altura, como una serenidad de puesta de sol, como una purificación de viejo pecado que se arranca al daño de la sangre.

Porque a tí, Rosalía, te faltó algo que decir en tu vida de vereda. Nos hubieras dicho tu vivir diario, intacto, purísimo, y siempre quedaría, en tí, algo por cantar, algún lloro suave, alguna nueva intimidad que se te fué de las manos en la tarde quieta y en calma de tu aldea de Galicia.

Que a tí, en plena creación, alma del más claro sentimiento de mujer, vida exquisita para la comunión de la paz y del silencio, el amor de todos, te clavó para la Eternidad, en la cruz de tu sacrificio.

Y ahora, cuando ha llegado a nuestras vidas esta divina emoción de tu primer centenario, podría hablar de tí, poniéndote frente a otros, comparando tu obra —purísima toda en su línea de intención— con la obra de todos y de cada uno. Si esto hubiera hecho, Rosalía, habría roto, con rompimiento de sangre desvelada y quieta, esta divina sorpresa de haberte cantado, sin proponérmelo, en el silencio augusto de la tarde quieta y en calma, porque toda tu forma, tan femenina y clara, está llena, para mí, de ese humano silencio de emoción, que es

.....hermano de la muerte.

Nadie sufrió como tú, Rosalía: con un tan sagrado sufrir, con una tan íntima veneración por todos los tuyos, en la calma de olivos de tu cementerio de aldea gallega.

II

Lo que más he sentido en esta serenidad de tarde quieta; tu sentimiento humano de la vida, tu realismo hiriente en la idealidad de tus versos.

Rosas de dolor deshojan tus manos, a través de ese mundo purísimo de tu emoción diaria: frente a tus hijos, humana, luchadora de la vida de hogar; frente a tus sombras de muerte, silencio de un desvelo íntimo, casi musical, de una idéntica consagración a Dios.

Y en la desolada mansión de tu alma, Rosalía, llena de vigilia por el amor que no vuelve, fuíste convencimiento de tristeza, grande, angustiosa, sin latido:

Ayuntamiento de Madrid

Ya no mana la fuente, se agotó el manantial;
ya el viajero allí nunca va su sed a apagar.

Todo marchito y sepultado todo
sin compasión, bajo el terrible peso
de los ya inertes troncos.

Cuando el color y el aliento de las cosas, con su perfil de promesa nueva, entraron en tu alma emocionada, con sus rayos de luz, tú supiste dar, a la impresión interna, sensación de conformidad y mansedumbre.

Fuiste, ante todo, cristiana y mujer. Y no pudo la vida, con su dolor de horas iguales, poner en tus manos blancas y pálidas, cosecha de paz.

En cada pensamiento de tus ojos, blandos y húmedos, cristal de consolación para el paisaje de Galicia, tu paisaje de Iria, o tu lejanía de mar encrespado en la dureza de la costa que no querías perder, esa vida tan triste y, al fin, tan humana para tí, puso una espina de sangre: y el sol encendió la senda de tu paso, para aclararlo todo, para traspasarlo de luz y de paz, con su alivio de buena vereda:

Acá abajo los yermos de la vida,
Más allá las llanadas del vacío.

III

Llega a nosotros—seguidores de tu fe y de tu víspera—el primer Centenario de tu nacimiento, desnudamente, con una dulce quietud de castidad que trasciende en tus palabras.

No llega la conmemoración con sequedad de fecha, como otra fiesta más, igual a las pasadas, que fueron casi desfile y júbilo de feria. Tu Centenario, Rosalía de Castro, nos llega mansamente, con una divina serenidad de rosario de aurora, como una brisa fresca de alborada que aclara el dolor de los sentidos, y más bien nos alienta a un rezo infinito, a una canción lejana de llanura bajo el sol, cantando, muy cerca del rumor de la noria, las nuevas espigas que hemos de llevar a la era del campo, para sacarles, en una trilla de amor, la cosecha esperada.

Tú, serena y blanca, con tus oídos llenos de un sonoro rumor de gaita, miraste al cielo para ofrecer todos los días tus ojos, al paisaje de Galicia, blando y húmedo, como tu mirada...

...y de aquel eterno ángelus de tu llegada al mundo, nos vino, para conformidad de nuestra víspera, este divino y glorioso final de cántico:

Y abrojos que a través de su aspereza
nos conducen al cielo.

Y en cada uno de estos sagrados cien años, que nos separan de aquel minuto en que tu vida fué hecha, te ofrezco, bajo el florecimiento de tu voz, una viva rosa.

FRANCISCO MONTERO GALVACHE

La safo gallega

La grandeza de la causa que se viene ventilando en los campos de batalla no deja vagar para otra cosa que no sea el afán de la victoria y la resurrección de la nueva España. Callan Homero y Virgilio, para ceder la palabra a Marte. Sólo así se explica que haya transcurrido en medio del silencio de los doctos el V centenario del nacimiento de Cisneros (1436).

Más afortunada Rosalía de Castro, ha tenido en Jerez un puñado de jóvenes poetas y literatos que han sabido hermanar con sus anhelos de vanguardia (nunca con tanta propiedad como ahora) el recuerdo del primer centenario del natalicio de la Safo gallega (1837) y el propósito de rendirla un homenaje.

La más brillante figura del dulce Olimpo gallego es a no dudarlo Rosalía de Castro. Es, al mismo tiempo, figura de primera fila en la poesía castellana de nuestros días. Leyó a Heine, cuando todavía era casi una niña. Lo leyó Bécquer también. Pero el tamizado espiritual que ambos hicieron de esta lectura fué muy diverso. Bécquer, por lo común, escribe en cosmopolita. Sus argumentos son asuntos vividos en España, en Europa y en América. Rosalía de Castro no sale de las *leiras* y las *corredoiras* de Galicia y, sin dejar de ser Rosalía, la dulce Rosalía, sabe arrancar a la lira del poeta de Düsseldorf los *alaláes* y los *aturuxos* que resuenan en los campos gallegos como gritos del bardo popular. Con ser Heine todo lo tierno que pueda ser un poeta alemán, jamás pudo soñar con verse empapado en las dulzuras de la musa de Rosalía.

Sin esfuerzo ninguno, con la naturalidad del genio, supera Rosalía de Castro como poetisa regional a todos los poetas gallegos. Ni pensar siquiera en compararla con Feijóo y Sarmiento. Eran insignes polígrafos. Y cuando la poligrafía anda cerca, la poesía está muy lejos. Al primero le basta con la bien ganada gloria de su *Teatro Crítico*. El segundo debe contentarse con las terribles lanzadas de moro que da al *Teatro* del primero. Pero como poetas, mejor hubieran hecho en no escribir ni una mala aleluya. Y cuidado si las escribieron malas! ..

Es Rosalía de Castro superior a los dos famosos curas de Fruime. A Zernadas de Castro, ni mentarlo siquiera. Al otro cura, a Antonio Francisco de Castro, vale la pena de leerlo, diga lo que quiera una crítica mordedora de todo, y más si se trata de sotanas. Trae en su poesía *Noite Boa* una viva pintura del Niño. Le supera, sin embargo, en finura gallega la descripción de Santa Margarita que nos hace Rosalía de Castro. Véanse ambas:

Rosalía de Castro

Miña Santa Margarida,
Con quén te hei de comparare?
Coma tí, non vin ningunha,
Nin n-a terra, nin n-o mare.

Coma tí, santa bendita,
Tan garrida e tan preciosa,
Nin brilou ningunha estrela,
Nin s'abreu ningunha rosa.

Antonio Francisco de Castro

Qué neno tan garridiño!
Parecen, aí!, dous luceiros
Os seus ollos centellantes
Que firen d'amor o peito.

Aí! Qué pelo tan rosiño!
Aí! Qué carrillos tan tersos!
Aí! Qué boquiña de rosa!
E'un imán, un embeleso.

Nin luceiro nin diamante,
Nin luniña transparente
Luz verteu más cariñosa
Qu'ó teu rostro relucente.

Nin as froles d'ó xilmendro,
Nin a rosa purpurina,
Nin as neves d'a montaña,
Nin fulgor d'a mañanciña.

Jesús! E sáltanlle as bágoas
Meu amor, qué che faremos?...
Toma unha rosquiña de ovos,
Toma mel, e queijo fresco.

Manteiga, ou leiteño... nada;
Non qué manjares o Neno;
Quer corasons humildados,
Quer un amor verdadeiro.

La mala estrella de la poesía gallega ha querido poner en la frente de muchos de sus poetas la marca de fuego de la impiedad. No se acierta a comprender cómo ha podido compadecerse la sequedad del alma impía con la exuberancia de una tierra que es fronda y jardín, matorral y vergel, en suma, fecunda bendición de Dios. Impío fué Pardo Andrade que se obstina en una de sus poesías en demostrar cuán mala fué la Inquisición, cuando le hubiera sido harto más fácil demostrar cuán malas eran sus poesías, muchos peores desde luego que la Inquisición vista por él. Impíos fueron Faraldo y Aguirre, impío también Pondal, cuya mejor poesía es quizá *La campana de Anllóns*, impío sobre todos, Curros Enríquez, a quien en vano los de su cuerda quisieron levantar por encima de Rosalía de Castro. Esta admirable y modestísima mujer, por su fé cristiana y por su numen poético, eclipsa sin pretenderlo a todos los poetas gallegos.

Es ella la poetisa integral de su pueblo, porque ha sabido cantar como nadie la fé y los cariños de Galicia, sus dolores y ternuras, sus *morriñas* y alegrías. Ella supo apoderarse tan admirablemente de los cantares del pueblo gallego que, como dice la Pardo Bazán, leyéndolos no se sabe dónde acaba la musa popular y comienza la de Rosalía. Tan perfecta es su soldadura.

Nadie como ella ha descrito los paisajes de la tierra *meiga*, llenos de luz y de flores:

Campiños de lindas rosas,
Fontias de frescas auguas,
Sombra n'a beira d'os ríos,
Sol n'as alegres montañas;

Caras que nacen sorrindo
E que sorrindo vos aman,
E qu'inda mesmo morrendo
En sonrisiñas se bañan.

Y cuando se pone a sentir la nostalgia de Galicia, esa *morriña* que mata de pena y de amor, lo canta como pudiera hacerlo el más triste emigrante desde las vastas soledades argentinas.

Bosques, casas, sepulturas,
Campanarios e campanas
Con sóns vagos de dozuras
Que despertan, aíl, ternuras
Que en jamás podrán ser vanas!
Elas fóno as que tocaron
Cando os meus alí nasceron.
Elas fóno as que choraron,
Elas fóno as que dobraron
Cando os meus abós morreron.

Elas fóno as que alegríñas
Me chamaban mainamente
N'as douradas mañanciñas,
De mi máa c'as cantiguiñas
Y os biquiños xuntamente.
Iade vexo onde xogaba
C'as meniñas que eu quería;
O enxidiño onde folgaba,
Os rosales que coidaba
Y a fontíña onde bebía.

No se puede expresar en gallego con más ternura la honda emoción de la *morriña*. Sabe Rosalía entrar en las intimidades del afectuoso hogar gallego y sorpren-

der a la madre lavando a sus niños, mientras los arrulla, como pudiera hacerlo una tórtola a sus polluelos. Escuchad:

Vente, rapasa, Vente, meniña, Vent'a lavar N'o pilón d'a fontaña.	Vinde a lavarvos, Andá lixeiriños, A cara pirmeiro, Dimpois os peños.	Aí que é tan cuco! Aí que santiño! Ven os meus brazos, Darei ch'un biquiño.
Vente, Minguíño, Minguíño, vente, Douche sinon Pol'o demo d'o dente.	Aí que meniña! Qué nena preciosa! Dempois de lavada, Parece unha rosa.	Olliños de grorial Cariña de meiga! Apértame bien, Corazón de manteiga!
Qu'augua tan limpia! Qué rica frescura! Vent'a lavar Que é un primor, criatura!	Y este meniño Que teño n'o colo, Dempois de lavado Parece un repolo.	Corre, corre, A qu'Antona te peite; Corre, darache Unha cunca de leite.

Todo es para su *terriña*. Vive para su Galicia, escribe y canta para ella, y durante los años que estuvo en Madrid con su marido D. Manuel Murguía, sintió la *morriña* con toda la intensidad de su carácter femenino y poético. Quizá se refieran a esos años estas estrofas:

Cantarte hei, Galicia, Téus doces cantares, Qu'así m'o pediron N'a veira d'o mare.	Misterios d'a tarde, Mormuxos d'a noite, Cantarte hei, Galicia, N'a veira d'as fontes.
---	---

Y tan enamorada está de su Galicia—*frorida—cal ela, ningunha*, que, por una reacción muy natural y en parte disculpable, lanza terribles anatemas contra Castilla, echándole en cara el trato cruel que da a los gallegos que a ella vienen a ganarse el pan segando o ejerciendo otros humildes menesteres.

Castellanos de Castilla; Tratade ben os gallegos; Cando van, van como rosas; Cando vén, vén como negros. Cando foi, iba sorrindo, Cando veu, viña morrendo A luciña d'os meus ollos, O amantiño d'o meu peito.	Aquel máis que neve branco, Aquel de dozuras cheo, Aquel por quen eu vivía, E sin quen vivir non quero. Foi a Castilla por pan, E saramagos lle deron; Déronlle fel por bebida, Peniñas por alimento.
---	--

Claro está que Rosalía de Castro podía y debía haber consagrado al menos una poesía a cantar la generosidad y a veces la mansedumbre con que Castilla se comportó con otros gallegos que no vinieron precisamente a ganarse el pan segando, sino rigiendo los destinos de la nación desde las altas poltronas ministeriales; gallegos ciertamente insignes por su talento, cuya suerte en Castilla sirve de contrapartida y compensación a la de los otros que, *cando van, van como rosas* (bueno, de todo habrá), *cando ven, ven como negros*.

Y qué diremos de Rosalía de Castro, como poetisa de la socarronería de ese pueblo, más socarrón aún que el andaluz? Ella ha sabido recoger esa mirada de los

gallegos a medio grifo, que con los ojos medio entornados saben burlarse de todo y de todos. Escuchadla ponderar el fervor de *Marica* en santificar las fiestas:

Sábado á noite

Marica pilla a roca.

Na muller, pilla esa roca
E d'ixate d'ir a misa;
Pensa que non tés camisa
E fía unha mazaroca.
Luns d'almas, meu homiño,
Déxame gardar lo día;
Se eu fiare, qué diría
N'outro mundo meu paiciño?
Pois... martes de San Antonio
Tampoco hei de traballare,
Pra qu'ó Santo me librare
D'as tentaciós d'o demonio..

Miércoles... non digo eu!
O home de Nosa Señora,
San Xusé...; de fiar hora
Non me quisera n'ó ceu.
E xueves!... N'hai que falar.
Santísimo Sacramento!
Con todo comedimento
O día che héi de gardar.
Y o viernes! Recordazón
D'agonía de Xesús?
Pasarei n'ó ô pé d'a crus,
Maxinando n'a pasión.

Y así continúa la buena Marica. El sábado es el día consagrado a la Virgen... y tú verás si no es poderosa razón para descansar. En cuanto al domingo, no digamos. Eso sí, entre las doce de la noche del sábado y la una de la madrugada, pide Marica la rueca para trabajar, *que esa n'e falla ningunha*. Después, se siente acometida de escalofríos, próxima a la muerte, y le pide a su marido algo con qué arrojarse. A lo que este contesta que nada hay, puesto que nada ha tejido durante la semana. Que llame en su auxilio a todos los santos, a los cuales besó durante toda la semana, y la arrojen ellos.

Hasta las cartas de novios aldeanos, ese género epistolar tan pintoresco, tienen un sabor tal de realismo en la producción de Rosalía, que se está viendo y escuchando a aquel quinto, marinero, que escribe así a su novia:

Queridiña d'os meus ollos:
Saberás como estou vivo
N'esta vila, dond'adoito
Dende que chegin de Xinzo.

Saberás como a Dios gracias
Y ô escapulario bendito
Non afogamos n'ó mare
Como coidaba Xacinto.

Si souperas cánto peno,
Si souperas cál m'afrixo
Cando m'acordo n'as noites
D'aqueles teus cantaríños!

Adiós: expresiós che mando
Pol'ó burro de Camilo
Que non sei cal che dirá
Estas cousas que lle exprico.

Galicia tan espléndida y tan bella necesitaba su verbo, y ese es Rosalía de Castro que, mejor que Curros Enríquez, que Pastor y que los curas de Fruime, ha sabido cantar sus montañas y sus ríos, sus puertos y sus aldeas, sus romerías y sus *morriñas*, todo eso tan hondo y tan dulce de la *terriña meiga, meiguíña*, que sólo podía ser captado por una mujer tan gallega, tan poetisa y tan cristiana como Rosalía de Castro, la Safo de Galicia.

TEODORO MOLINA

Rosalía de Castro

(EN LAS ORILLAS DEL SAR)

I

Rosalía de Castro: un espíritu que sufre, sueña y canta...

Su poesía—presentes sus más felices logros—se crea ahondándose, interiorizándose; en un vehemente impulso centrípeto. Es el último reflejo de las cosas, el más íntimo halo que las envuelve y dignifica. Es ese postrer eco que queda temblando en los aires, o el más purificado sol que ya tiene casi coloraciones celestes. Todo hundido como en una fría nebulosa: indeciso orto de una pascua perdurable, que una milagrosa conjunción de cielo y tierra ha cuajado en su más fina sensibilidad. Susurro de tiernas frondas, aire sutil, silbo escondido. Y un lento, lejano amanecer, que canta en delgados cristales, que queda siempre en trémulo amanecer, para que la difícil paz labrada de hostiles bellezas, dulces heridas, encantadas urbes de hastío, no se desplome herida por sus luces demasiado definidas y tersas. Es el latido cósmico penetrando la carne, la sensibilidad, el espíritu. Es el mundo corriendo hacia grutas del alma, para quedar allí hecho temblor, aroma, brillo.

II

Rosalía de Castro: un espíritu que sufre, sueña y canta...

Se ha dicho de la gran poetisa: «Rosalía está más triste, y la tristeza rodea de aureola mística sus sienas...», cuando *se despide* de sus prados, del claustro donde tantas veces ha gemido, de los montes negros, plateados por la alborada que brilla en el Sar y en el Sarela; de las pardas torres metropolitanas destacándose en las inciertas lontananzas; y al decirles adiós considera que esto permanecerá perenne, inmóvil, perdurable, mientras los que se creen inmortales, superiores a todos los mencionados objetos, eternos como las almas, cada día darán hacia la muerte un paso y dejarán en las tortuosidades del camino alguna ilusión o alguna esperanza». Mas, cada embeleso ante las cosas y bellezas del mundo, ¿no es, en último término, una despedida, un triste adiós; más agobiadora despedida que estable, plena, sosegada fruición? Sigue perdurable, eterna, la belleza de las frágiles cosas, la gracia efímera del paisaje. Es el poeta quien se marchita y muere. Es—oh gustosa modernidad de Rosalía—el hondo dolor de Jorge Manrique ante la caducidad de las cosas y la viva inquietud del poeta romántico que siente el peso de su «yo», si fundido—y qué fundido en Rosalía—con el panorama exterior, siempre, también, aparte, islote espiritual, mundo ignorado. Es el angustioso «yo» que poco a poco va desasiéndose de las cosas, fraguando su propia, intrasferible belleza. Su belleza de soledad, que le canta su más consoladora armonía.

¿Qué es soledad? Para llenar el mundo
basta a veces un solo pensamiento.

Ayuntamiento de Madrid

Su belleza de soledad, que le abre los paisajes más claros, las más seguras perspectivas.

No son nube ni flor los que enamoran;
eres tú, corazón, triste o dichoso,
ya del dolor y del placer el árbitro,
quien seca el mar y hace habitable el polo.

Quien, en suma, hace habitable—en su misma tristeza—la desolada, triste vida de Rosalía, que pasa, sí, por el mundo como una perenne despedida, como un doloroso adiós, sin posible retorno.

III

Rosalía de Castro: un espíritu que sufre, sueña y canta...

Lejos, muy lejos ya, el mundo de las cosas. Las cosas exprimieron todo su zumo. Y el alma lo recogió en su profunda, limpia copa. Y ya, como un agridulce licor, riega sus recoletos huertos pensativos. El alma sola, palpitante, hecha confortadora tristeza. Acaso un latido insojuzgado de la carne conmueve un momento la sequedad ascética penosamente conseguida; acaso una memoria desvelada reflorece mágicas realidades, imposibles deseos; o unos ojos perdidos renacen en la flor, el aire, el ave enamorada; en el alborozo de cada nueva primavera...

¡Ah, si el invierno triste de la vida,
como tú de las flores y los céfiros
también precursor fuera de la hermosa
y eterna primavera de mis sueños!!

Mas al punto—los sueños seguirán en su alta primavera, inasequible y hosca en su jovialidad—el alma se afirma más en su elevada ausencia, en su voluntario aislamiento, y esa tristeza, casi metafísica ya a fuerza de elevación y desnudez, cobra dura consistencia de mármol.

.. conmigo lo llevaba todo:
llevaba mi dolor por compañía.

Un leve paso, y ya hasta el mismo pensamiento—sutilísimo soplo burlador de interiores clausuras, de altos muros de sombra—perderá su último don terreno y cálidamente humano...

¿Por qué llamarles pensamientos negros
o pensamientos blancos,
si no tienen color, esos del alma
eternos e invisibles soberanos?

P. PÉREZ CLOTET

ROSALÍA DE CASTRO: 1937

...Esa quietud sombría que infunde la tristeza...

El 21 de febrero de 1937 se cumplió el primer centenario del nacimiento de la poetisa gallega Rosalía de Castro, que, con el inefable sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, constituyen lo mejor de la lírica del siglo XIX. Nació Rosalía en Santiago de Galicia, siendo desde su infancia de naturaleza enfermiza, hipersensible, y tan maravillosamente dotada para la poesía, que ya se adivinaba en ella a la que después había de penetrar con sus versos en la zona de lo genial. La vida de Rosalía es vulgar, provinciana, monótona como la mansa lluvia de su país; se casa y tiene hijos, que con sus muertes prematuras, acaso la escasa felicidad matrimonial y la natural propensión de su temperamento melancólico a la tristeza, hacen su vivir, sombrío, desolado, amargo.

¿Cómo era Rosalía de Castro? Un escritor actual, aludiéndola de pasada, ha hablado de su fealdad. Para un fino discernidor de la belleza femenina, Rosalía es un curioso tipo de mujer: Pálida siempre, nublado el rostro por una sonrisa triste, casi entreabierta la boca grande, de labios húmedos, gruesos, sensuales, posee algo tan o más valioso que la hermosura, una interesante extrañeza.

«En las orillas del Sar», escrito en castellano, es el mejor libro poético de Rosalía. Há tiempo que fué considerado por un sutil crítico, «como uno de los más singulares de nuestra poesía». Hoy, reconocida, desde luego, esta afirmación, pero visto a la luz de más serena crítica, vemos que el libro adolece de una inexplicable desigualdad, ya que, junto a aciertos geniales, existen vulgares prosaismos; de pronto, y sin causa, después de una alta tensión viene un desflojamiento poético, fruto, pudiera ser, del medio romántico en que se desarrolla esta poesía. Hay que reconocer también, que, felices, logrados, en el entero sentido de esta palabra, sólo existen dos o tres poemas en el libro. Pero como un poeta se mide por el vuelo y altura que alcanzó con su mejor poema, Rosalía, con el perfecto y aéreo «Más rápidos que el rayo», llega a la cima del lirismo; así como con el poema «Cuando contemplo del ancho bosque», alcanza la exacta expresión de su extraordinaria sensibilidad; o con el «En los ecos del órgano o en el rumor del viento», acierta a expresar su vaga inquietud por la belleza, «hermosura sin nombre, pero perfecta y única», para su tierno sentir, poético y femenino. Otros poemas como «Las campanas», «A la luna», el inicial que dá título al libro: «En las orillas del Sar», son, aunque con insuperables hallazgos, inferiores a los citados, en redondeamiento y perfección. Y en los restantes hay que bucear hasta tropezarse con versos como estos: «Y del agua en los limbos confusos», «La soledad inmensa del vacío»; o con un arranque genial de poema: «Tiemblan las hojas, y mi alma tiembla»; o con un acierto rotundo: «¿Qué es soledad? Para llenar el mundo—Basta a veces un solo pensamiento».

El paisaje por donde vaga el alma de Rosalía, es el de los alrededores del río Sar. A veces, el mar, con «sus alas húmedas», luminoso o sombrío. Verde tumba. «Van en ondas subiendo hacia el cielo los pinos del monte». En días de tristeza: «cenicientas las aguas; los desnudos árboles y los montes cenicientos». «Los robles», poema casi épico, «Arbol duro y altivo, que gustas—De escuchar el rumor del Océano—Y gemir con la brisa marina». El paisaje está tiernamente sentido en Rosalía; él refleja sus estados de alma, y se nos presenta, envuelto como por un velo, por su sensibilidad.

El sentimiento religioso se manifiesta, como en toda verdadera creyente, por amargas muecas de escepticismos, de dudas, provocadas por dolores íntimos, o por encendidos arrebatos de fé: «Mas si cuando el dolor y la duda me atormentan, corro al templo», dice en una ocasión. Y en el poema final del libro: «Tan sólo dudas y terrores siento—Divino Cristo, si de tí me aparto—Mas cuando

hacia la Cruz vuelvo los ojos,—Me resigno a seguir con mi calvario». Prueba concluyente de su religiosidad, acendrada y femenina. El poema «Santa Escolástica», tan desigual, es también fiel expresión de su religiosidad: «Una tarde de abril, en que la tenue—Llovizna triste humedecía el silencio...»

He aquí los temas poéticos de Rosalía: el paisaje, la religiosidad, y la vida—en su aspecto más incompleto—; la tristeza, bajo un lluvioso fanal.

Rosalía de Castro se inspiró directamente en la tradición clásica española, y en los románticos españoles; y no en los románticos alemanes. De «germánica» o «germanizante» no tiene nada la poesía de Rosalía, porque considerarla como tal, por su profundo subjetivismo, no deja de ser sino un error más de algunos críticos españoles, empeñados siempre en equivocarse. Ante todo, nuestra lírica clásica es profundamente subjetiva: ejemplo máximo, San Juan de la Cruz. En cuanto a la vaguedad y melancolía, ya Menéndez Pelayo la consideraba como característica de nuestra escuela poética del Norte.

Es Garcilaso con su musical endecasílabo, uno de los poetas que más influye en Rosalía; el endecasílabo «que el puro resplandor serena el viento» es hermano mayor del de Rosalía «que hacen más triste el suspirar del viento»; «y las aguas del olvido, que es de la muerte hermano» no es sino una clara rememoración «de las aguas del olvido» de la égloga III.

Pero de la influencia en Rosalía que más se ha hablado, es de la de Bécquer. Algunos escritores gallegos han negado que fuese influida, valiéndose de un simple artificio de fechas. Lo cierto es que Rosalía pudo ser influida por Bécquer, ya que colaboraba en periódicos de Madrid, donde Bécquer publicó algunas de sus rimas, y seguramente lo fué. Prueba palpable son estos versos: «Ansía que ardiente crece,—Vertiginoso vuelo—Tras de algo que nos llama—Con murmurar incierto...» Se trata, como se vé, de una leve influencia, que en nada menoscaba el valor poético de Rosalía, pero no de una coincidencia temperamental.

Rosalía influye en las generaciones poéticas posteriores. Así, nuestro gran Juan Ramón Jiménez, está influido en sus primeros libros por Rosalía. Decídmelo si estos versos, sobre todo el final, ¿no parecen del primer Juan Ramón?: «Donde en cada rincón me aguardaba—La esperanza sonriendo...» Y Juan Ramón ha sido también uno de los primeros en proclamar su alto valor poético, al decir, refiriéndose al siglo XIX «Los grandes poetas de esta época, Rosalía o Bécquer». Influye también Rosalía en Antonio Machado, ¿véase sino estos versos? «Cual suelen resonar los del martillo—al remachar de un ataúd los clavos», «Más tarde o más temprano a la ribera».

Y aún en Altolaguirre en sus arranques geniales, en esas cosas negramente profundas. Y aún con Jorge Guillén coincide a veces, ¿no es este un verso en embrión de Guillén?: «Y de un sauce el ramaje, al mirarse en la onda,—tiende en torno del agua su fresquísima sombra».

A Rosalía no se le hizo justicia en su época, ni más tarde tampoco, ni Menéndez Pelayo, ni D. Juan Valera, la incluyeron en sus respectivas antologías. Sólo Azorín, al empezar el siglo, se preocupa de Rosalía, y en su libro «Clásicos y modernos», la dá a conocer, la «descubre» a los españoles. Ultimamente, Manuel Altolaguirre, la incluye ya, y con todos los honores, en su «Antología de la Poesía romántica española».

Pero aún no se le ha hecho la debida justicia; ante todo, Rosalía de Castro, no es un poeta regional, *sino español, universal*. Es necesario que de esto se enteren esos amarillentos eruditos, de apergaminadas almas, que escriben las literaturas oficiales. Para que en vez del epígrafe Poetas post románticos: Bécquer, Campoamor y Núñez de Arce (es decir, un gran poeta y dos poetastros) pongan este otro: Poetas post románticos: Bécquer y Rosalía de Castro.

Es el más justo homenaje que en este año de 1937 podríamos tributar a Rosalía, ¿verdad, queridos compañeros en las letras?

J. RUIZ PEÑA

MEDITACIÓN SOBRE EL CONTORNO

Campo y ciudad de Rosalía

....en la orilla de una callada y suave lengua de mar,—¿es mar o es río?—, en esta tarde gallega, Rosalía...

Un cielo de cristal, preñado de leves nubes blancas, me está bañando de alegrías el alma... Nubes de la misma pureza que estas niñas que juegan delante de la iglesia y que ahora corren, cantando bajo los pinos, hacia la verde orilla de la ría... Los ojos del molino,—blanco y rojo—, van siguiéndolas con una mirada de agua cristalina...

¡Cómo habla al agua ese caminito,—itismo pequeño—, que conduce al molino! Tiene enredaderas que se inclinan para que el agua las bese. Y el líquido,—amoroso—, se le mete dentro por un costado al camino, el cual va chorreando al otro, hilos de plata...

¡Es un paisaje envuelto entre algodones, el de ésta tu tierra gallega, Rosalía!

¡Que tierna verdura aterciopelada, que nos habla de las pasadas lluvias de invierno, la de este monte, a cuyos pies está dormido el pueblo! Dormido entre risas de muchachas domingueras y cantos de azules marineros de la escuadra.

¡Y esas barcas de pesca, ya sin palos ni velas, que sueñan nostálgicas, en los remansos de la ría,—cementerio marino—, con sus luchas atlánticas de juventud!

(Cómo te adentras en el ser, Galicia, y que natural me parece, ahora que te conozco, la morriña, de los que en tí nacieron y de tí se alejan.)

Tierra hecha para que almas sensibles como la tuya, lloren, Rosalía... Toda Galicia llora en su paisaje. Tu alma amorosa y frágil, estaba dentro de él. Así, lo cantaste, y Galicia hizo suyos tus cantares.

.....
Va cayendo la tarde.

Por el puentecillo pasa una carreta tirada por dos bueyes rojos, que los últimos rayos del sol hace arder...

Y sentadas al lado del muro de la iglesia, medio tapadas por las margaritas en flor, tres niñas vestidas de blanco, están hablando del hermano mayor, aquel de la Legión Gallega... que dió su vida en el nuevo amanecer de España...

¡Que aérea quietud tornasolada la de este atardecer, cuajado de brisas, correr de niños y canciones de muchachas blancas, en éste rincón de la ría...!

Mi ser está llorando una nostálgica alegría serena.

¡Como llorabas tú, Rosalía...!

EN UNA RÍA.—Mayo de 1937.

Ayuntamiento de Madrid

.....

He entrado, con tus libros debajo del brazo, en la Catedral, en el momento de emoción religiosa de la Misa mayor, y subí al coro a oír a los niños cantar, en esta mañana húmeda y de tranquila temperatura de Mayo...

¿Cómo explicarte y hablarte, —yo aquí, tú, en tu cielo de rosas blancas—, de aquella mi primera impresión del corazón de Galicia?

¿Cómo decirte lo que sentí ante la complicada ingenuidad románica del pórtico de la Gloria? ¿Y, luego de haber puesto los dedos en los huecos que la Fé hizo, errar por esa gran piedra labrada que es Santiago...?

Irías tú destilando el alma bajo los soportales, como las gárgolas y balcones van, gota a gota, destilando el agua fina de la lluvia... Así iba yo también... Y bajé, del brazo de tu espíritu, por esa calle en cuesta donde está el Cristo, hacia la colegiata de Sar, entre su claustro abigarrado y su triple nave austera...

¡Que escalofrío de poesía, quieta y dormida la de esta región tuya, Rosalía!

En esta tierra, tan de entornados ojos claros viviste tus horas de poeta... Que bien la supiste cantar, tú una mujer, porque la comprendías. Y es que Galicia tiene toda la dulzura, toda la belleza redondeada de lo femenino.

Tenías que ser tú, por eso, su poeta del siglo XIX. Pero de un siglo XIX entre romántico y moderno. Fuiste tú la que supo librarse de aquel amaneramiento del siglo, y ser, la innovadora formal de lo romántico.

.....

Estar solo unos días en este tu suave ambiente dolorido y comprenderte, es la misma cosa... Ya me tienes a tu lado para siempre. Tú y esa eterna ciudad de Santiago...

Reposa en aquel tu sepulcro gótico de Santo Domingo, Rosalía, que volveré... a vivir contigo otra vez, ésta Galicia emocional y lírica.

EN SANTIAGO DE COMPOSTELA.—Mayo de 1937.

JOSÉ M.^a HERNÁNDEZ-RUBIO



Rapazas d'Armea d'Abaixo

Cecilio PANIAGUA

UN BELLO POEMA

Del mar azul las transparentes olas

Mientras blandas murmuran

Sobre la arena, hasta mis piés rodando,

Tentadoras me besan y me buscan.

Inquietas lamen de mi planta el borde,

Lánzanme airosas su nevada espuma,

Y pienso que me llaman, que me atraen

Hacia sus alas húmedas,

Ayuntamiento de Madrid

Mas cuando ansiosa quiero
Seguirlas por la líquida llanura,
Se hunde mi pié en la linfa transparente
Y ellas de mí se burlan.

Y huyen, abandonándome en la playa
A la terrena, incabable lucha.

Como en las tristes playas de la vida
Me abandonó inconstante la fortuna.

DE ROSALÍA DE CASTRO

Cecilio PANIAGUA

Nostalgia mariñeira



Ayuntamiento de Madrid

Introducción a unos motivos gallegos

Rosalía y un Paisaje

Sobre la ría un astro se moría.

Rosalía de Castro de Murguía.

FIGURA

Vuelvo a cerrar los ojos... Ahora veo a una lavandera embarazada que, arrodillada en la ribera de un río, hunde en el agua los dos brazos hasta más arriba del codo, y cuando está así, quieta y abatida, se pone a llorar.

Mi joven amigo Euxenio Montes

*Euxenio Montes tiene la calidad de alfil
blanco, en un ajedrez, intacto, de marfil.*

ESTÉTICA DE LA MUÑEIRA

El ha buscado, en unas páginas de ensayo muy finas, el secreto estético de la muñeira.

Lo ha encontrado en la luna y en el fluir.
Y entre otras cosas, algo difíciles de asir.
Encontrar así, es muy dichosa ventura
A medias encontrar, a medias perder.
A medias embriagarse, a medias entender.

CANTAR DEL GALLEGO POBRE Y SECRETAMENTE AMBICIOSO

Cargué el bulto a las espaldas.
Rendí el hombro a las faenas.
Mi rapaz, que será obispo,
Afianzaba mis piernas.

FINISTERRE

¡Qué gran cátedra de melancolía y
aún de angustia sordal
No se es impunemente el fin del mundo.

ARBOL GENEALOGICO

*Pescadores forasteros
se llegaban a Galicia.
En la costa se quedaron
para pescar con justicia.*

*Los nietos de estos abuelos
aprenden arte mejor.
Poco a poco, se adiestraban
en el pescar con favor.*

FEIJOO

Todavía no se ha hecho, a mi presumir, justicia bastante a la figura que en España aparece más típicamente representante del *Aufklärung*.
¡Bajo cielos nublados había de nacer precisamente este ardoroso militante de los ejércitos de la luz!
Cerca del límite del mundo antiguo, este magnífico curioso, que tal vez era paisano de Colón.

EL EMIGRANTE

*¡Al fin he nacido!
Hoy mi vida empieza.
Treinta y tres años me tuvo en su vientre
la pobreza.*

ITINERARIO

Este gallego silencioso, que por los muelles de un puerto de Ultramar pasea su morriña, está pensando en que si se resolviera a volver allá, a su pueblo, que se esconde entre mil repliegues de bosque y montañas, el camino derecho sería el del mar, y que luego, una vez en España, es cuando empezarían las vueltas.

EPITAFIO DE UN RICO GALLEGO EN UN CEMENTERIO DE ULTRAMAR

Llegó. Penó. Sudó. Contó. Ganó. Triunfo. Le llenaron de honores.
Cuando quiso pensar en su pueblo, pensaba anchamente en España.

EXPLICACIÓN

Es probable que algunas anécdotas y aun algunos pormenores de indumento traídos a la vida literaria de Madrid, hace veinticinco años, encontrarán su razón, a los ojos del analista lúcido de las costumbres, en un como trasunto y ampliación del ambiente romántico propio de la vida escolar en Santiago de Compostela.

"ANCH'IO"

*Al crítico futuro rendidamente ruego,
cuando estudie mi estirpe y mi raza defina,
no olvide que, por unos meses, en la Argentina,
tuve el honor de ser también gallego.*

EUGENIO D'ORS

(Glosas seleccionadas por Adriano del Valle)

Ayuntamiento de Madrid

ROSALÍA DE CASTRO

La mujer y la poetisa

Grande figura la de esta insigne hija de Galicia en que la inteligencia y el corazón fueron dueños y reyes de excelso señorío nimbándola de gloria en el mundo del arte y de respeto rendido ante la sociedad digna de todas las épocas.

Porque Rosalía de Castro sintió la poesía, el arte, la inspiración de lo bello y de lo bueno, y al mismo tiempo sus pies de verdadera dama española jamás hollaron el jardín del pecado, ni siquiera de la frivolidad.

Fué buena y fué pura, y si con una mano pulsó la lira de Apolo, con la otra mecía la cuna de sus hijos en aquel hogar al que consagrara todos sus desvelos.

Esta mujer singular, si hemos de juzgarla por los retratos que nos quedan de ella, no fué bonita, ni coqueta, ni siquiera se advierte ese deseo tan femenino de agrandar físicamente, a menos que la fotografía que contemplo se la hiciera en esos días negros que una mujer de corazón sensible se olvida de sí misma.

Porque la poetisa gallega poseyó esa alma impresionable que vibra con sonos de dolor o de gozo a impulso de los vendavales o los céfiros de la vida, que en ocasiones agostaron su salud, afligiendo sus horas, convirtiendo nostalgias o pesares, lágrimas y suspiros en delicadas estrofas donde como el cisne impoluto de la leyenda canta a su país, a los suyos, a los humildes, a los tristes, a los perseguidos y vejados...

Podríamos decir que fué una mujer de su casa, y en su casa escribió y sufrió sin ser obstáculo sus sentimientos refinados de artista a sus prosaicas ocupaciones hogareñas, antes bien yo creo que sublimó estas poetizándolas, embelleciéndolas con la sutil espiritualidad de mujer genial.

Rosalía vino al mundo el 21 de Febrero de 1837 y la sombra de la gran basilica compostelana cobijó su cuna. Una infancia gris. Gris por el reflejo del cielo de Santiago encapotado de nubes, gris en esos monótonos días lluviosos que visten de musgo los edificios y de raso las piedras, en que resuena el eco acompasado de los zuecos aldeanos, gris en su niñez enfermiza y triste que la aparta de los juegos de su edad sumiéndose en la melancolía del ambiente, débil naturaleza que compensa el entendimiento vivo y precoz sugiriéndole a los once años los primeros versos, promesa de un futuro óptimo.

Estas composiciones no son las fantasías de una niña que esperan la perfección de los años, sino que merecen ser leídas—algunas de ellas—en el liceo de San Agustín, de Santiago, aunque las demás, despreciadas por su autora, fueron a parar al cesto de los papeles inútiles.

Su sensibilidad más que extraordinaria gobernó su corazón, quizás por su debilidad física incapaz de sobreponerse a las grandes desdichas de la vida. Por eso, al perder a su madre, el dolor la agobia hasta el extremo de estar a punto de morir. Sin embargo, vencidos los años infantiles las rosas de la juventud coronaron su frente, que debió ser tersa y casta, bajo la cual unas cejas trazadas con finura y vigor doselan los ojos pequeños, de expresión suave, bondadosos e inteligentes, que con la nariz correcta encierran todo el atractivo de su rostro, cuyos pómulos salientes y boca demasiado grande contribuyen a darle ese carácter de dulzura mimosa muy corriente en la raza galaica.

Es posible que todo el encanto de la poetisa emanara de su alma y como la cara es su espejo, se advierte en ella ese don inestimable del atractivo indefinible que capta voluntades en una simpatía efusiva que muchas veces la belleza no sabe inspirar.

Llegó un día en que el amor llamó a su puerta para prenderle a los veinte años el velo nupcial y contraer matrimonio con el cronista gallego Manuel Murgía, y aquel nuevo hogar, cuyo jefe poseía una cultura al nivel de la suya, fué su consuelo y su paraíso.

Y en este paraíso en que la Eva era tan inteligente y tan pura, vivió dedicada a los suyos y sin acordarse de la poesía, hasta que a instancias de su esposo volvió a cultivarla para ellos solos, como el ruiseñor que arrulla su nido, sin intención de publicar nada.

Mas no fué así, porque tanto su marido como los amigos consiguieron vencerla venciendo su repugnancia a exhibirse, y por fin aparecen sus «Cantares gallegos» en 1872, seguidos de un éxito completo. La crítica los acoge con entusiasmo y el pueblo los admira, porque el alma comprensiva de Rosalía canta sus tristezas y trabajos.

Es natural que sus coterráneos admiraran a la escritora que rimaba tan bellas ideas en el dulce dialecto gallego; pero lo que no deja de ser interesante es saber que fuera de su patria chica donde más éxito obtuvieron fué en Cataluña, hasta el extremo de traducirse al catalán varias composiciones suyas. Por eso, cuando los Felibres de Provenza celebran Juegos Florales en Barcelona en 1867, un poeta catalán la invita a ellos con estas halagadoras palabras: «Venga usted, señora, a los Juegos, será la reina de ellos». Pero Rosalía, que era la modestia personificada, rehusó tal honor y continuó su vida de hormiga laboriosa con alas de colibrí.

¿Este entusiasmo despertado en la patria de Vifredo, fué catalán o catalanista? ¿Admiraron de buena fé a la nueva musa que tomaba puesto preeminente en el Parnaso, o sería ruin maniobra de sus almas ingratas en que germinaba ya el separatismo, rendir pleitesía a la poetisa que no se expresaba en el idioma de Cervantes, manifestando así su desvío a la lengua mater de Castilla?

Si sus intenciones encerraban tan rastreros propósitos, perdieron el tiempo con Rosalía de Castro, que española con toda su alma, jamás pensó en el separatismo y si cantó en el melodioso lenguaje de los «pazos» y las «corredoiras» fué porque identificada con las bellezas de su terruño las sentía en gallego, porque galaicas eran las imágenes que la rodeaban y su dulce hermosura hizo germinar en su alma la divina flor de la poesía.

Rosalía pasó una temporada, que no sabemos si contó por meses o por años, en Cuba, a donde la llevaron intereses o quizás algún empleo obtenido por su marido. Lo cierto es que en Habana se editan «Follas novas», donde canta aquellos «aires airiños de mea terra» tan llenos del encanto nostálgico de la Patria. Yo me figuro a la poetisa compostelana deslumbrada por el sol de los trópicos, aplanada en la somnolencia del calor tórrido y sofocante, añorar sus frescos robledales, las jugosas praderas sombreadas por castaños y nogales, las rías ideales, las sendas umbrosas plenas de fragancia y misterio... Y el cuerpo rendido confía al verso su secreto, desahoga su pena evocando aquellos «aires airiños» tan deleitosos y confortadores.

Su humildad, verdaderamente franciscana, la hizo ordenar que a su muerte se destruyeran los papeles que tenía escritos, perdiéndose para el arte inestimables tesoros literarios. Gracias a las obras ya editadas, se conservan los «Cantares gallegos» Y como no podía ser menos en mujer de tan elevados sentimientos, también cultivó con la misma inspiración la poesía castellana «En las orillas del Sar», dadas a luz en 1884. Siendo opinión de un benemérito religioso, eminente poeta también, que cuando Rosalía dedicaba su estro a la Virgen escribía con la pluma de un ángel. Descendiendo al campo de la prosa dejó en ella obras tan notables como «Ruínas», «El caballero de las botas azules» y «El primer loco» (1881). Dicen sus biógrafos que Rosalía poseía además un notable temperamento musical; yo diría que por temperamento era artista, y como sentía el arte con ese fino instinto de los elegidos, llevaba el ritmo de la armonía y la belleza a cuanto tocaba, sin sujetarse a reglas, ni escuelas, ni preceptivas amaneradas y por eso en su libro «En las orillas del Sar» introduce una innovación que la crítica recibe sorprendida calificándola de atrevimiento indisculpable, mientras otros se limitan a juzgarla como un enigma. Sin embargo, la posteridad ha sancionado la reforma, que sin duda hizo inconscientemente y jamás por «pose» ni con ánimo de formar escuela—según opinión de un joven poeta—sino llevada en alas de su inspiración inefable.

La popularidad que alcanzó en poco tiempo no fué bastante para atenuar el golpe terrible sufrido por aquel gran corazón al perder uno de sus hijos, desgracia que terminó con la existencia de esta mujer toda ternura, que cifró su mayor dicha en las puras alegrías del hogar y el amor de su familia, ni ambicionó más galardón que el cariño de todos los gallegos. Su muerte, como su vida, fué serenamente cristiana en la santa humildad de la fé y la dulce satisfacción del deber cumplido. Rosalía de Castro abandonó este mundo el 15 de Julio de 1885 y fuera de Galicia podríamos asegurar, a juzgar por una mirada pasada por los periódicos de la época, no tuvo resonancia, quedando en Madrid inadvertida. Tal vez no fuera ajeno a ello la epidemia colérica que asolaba por aquel entonces la huerta valenciana, dando preferencia a esta triste actualidad periódicos y revistas que gráficamente reproducían la visita que D. Alfonso XII hizo a los coléricos. Unos meses más tarde muere este desgraciado monarca en el Pardo y entre tanto acontecimiento de vital interés para España, la esclarecida poetisa gallega desaparece sin que sus compatriotas se den cuenta de ello.

Por eso su primer enterramiento se efectúa en un humildísimo cementerio, pero que lleva el nombre sugerente de Iria Flavia, nombre romano de patricia, visión augusta de algo grande e inmortal, como el magnífico mausoleo construido en la iglesia de Sto. Domingo de Santiago, donde fué depositada el 5 de Mayo de 1891. Si como dijera nuestro insigne paisano el P. Coloma, la vida de una mujer honrada tiene poco que contar, esto no se referirá a esas mujeres cumbres como Rosalía de Castro, cuya vida sencilla y modesta florece en un poema de virtudes unidas a una inteligencia excepcional, luz de amanecer que la envuelve en un manto regio para colocarla en el solio de los vates insignes, donde las futuras generaciones saludan reverentes a la dama y dedican a la poetisa su entusiasta y rendida admiración.

CARMEN CARRIEDO DE RUIZ

Rosalía de Castro

SEMBLANZA LÍRICA

Galicia, sóla, dormida entre rosas de leyenda con aromas mensajeros, oliendo a sol y a mu-
ñeiras. ¡Nadie nunca te cantara, como te cantara ella!

Tuvo por cuna una joya: la joya de Compostela; y arrullaron sus oídos en la nanita primera,
la blanda y leve caricia de dulce gaita gallega... Por entre verdes campiñas, corrió su niñez
enferma cual feble ilusión de nácár, con bellos sueños de cera; rosas blancas sus mejillas—
así de pálidas eran—y sus manos, manos rubias cual flores de torrenteras, sobre cuya piel
parecen ríos azules sus venas...

Melancólicos arrullos los de las claras riberas, con sus festones de lirios y encajes de madre-
selvas, fueron tejiendo en su frente, el blando amor de la tierra... ¡Con qué dulce melodía!
¡Con qué belleza más tierna resbalaron por sus versos, las emociones gallegas!

El adiós del emigrante que llora al dejar la aldea, cuando vá el barco bogando sobre los ma-
res de seda; la triste y vaga armonía del aire sobre cubierta, que va despertando amores que
quedaron en la tierra, y en la orilla, una paloma que en una mano aletea, en la postrer des-
pedida hacia el amor que se aleja... Y el lamento evocador de la lejana belleza, con la año-
ranza sutil, que en estos versos condensa:

Levaime, levaime airiños
levaime adonde m' esperan
unha nay que por min chora
un pay que sin min n' alenta,
un hirman por quen daría
a sangue d' as miñas venas
e un amoríño a quen alma
e vida lle prometera.
¡Ay quen fora paxariño
de leves alas lixeiras!

Luego, la vuelta angustiada, del que fracasó en la empresa, con una arruga en la frente y una
cana en la cabeza, y en el alma el desengaño cruel y triste de América... ¡Nadie te cantó,
Galicia, como te cantara ella!

La canción del pescador que en las rías vive y sueña, entre las mallas preñadas de la riente
promesa, o el largo dolor de plomo de las horridas galernas, cuando el viento enfurecido des-
troza palos y velas... Y el grito de los humildes, y toda el ansia gallega, en seculares sollozos,
contenida a vivas penas.

Las alegres romerías, sobre las verdes praderas, con los corros de mocitas, en un vibrar de
muñeiras, mientras que el viento en los pinos su guzla amoroso temple, al són que le van
marcando, ritmos de gaita gallega... Y ese severo reproche hacia Castilla soberbia, que no
sabe que es Galicia, de sus cien puertos, la reina. ¡Siempre salió mal parado, quien a su tie-
rra ofendiera!

Así resbaló Galicia, con sus emociones tiernas, con todo el bello esplendor, de sus costas y riberas, y la ansiedad triste y sola apretada en las tinieblas, del pueblo fuerte y viril, que llora al dejar la tierra.

.....

Los años ¡ay! le dejaron sobre la frente sus huellas, llenando su alma de luto y de invierno su cabeza. Y después, los vendavales, en verticales tragedias pusieron llanto en sus ojos y abatieron su existencia. Dolor solitario el suyo; nadie después lo creyera, que aquel pensamiento excelso, que cantó a Galicia entera, se hundiera así, cual la nave se hunde en la negra tormenta... Su muerte, no fué sonora; fué sola como su pena; hubo una ausencia de rezos, de lágrimas y azucenas.

Los cipreses de Iria Flavia le dieron su sombra eterna, y sólo la campanita que aquel sacristán tañera, rezó un responso en el aire, que escucharon las estrellas. Sólo un beso se estampó sobre la tumba modesta; un beso pleno de luna, de bruja luna gallega...

¡Nadie te cantó Galicia, como te cantara ella!

.....

Y esa legión esparcida a voleo sobre la tierra, los que ayer te abandonaron, dejándote envuelta en penas, llénanse el alma de gozo al llamarle dulce abuela.

Hoy en los pinos, el viento, doliente templa sus cuerdas, para cantarle una oda de sentida reverencia, al son que acaso le marquen, ritmos de gaita gallega. La tienen en el recuerdo las mozas casamenteras—nietas de las que ríentes jugaban por las riberas—en estos atardeceres, tristes de sombra y de guerra... Y el pescador en su barca bajo la plata lunera... Y en las montañas, la espuma blanca de las torrenteras.

¡Rosalía, Rosalía! Para tí esta humilde ofrenda, de uno que lleva también, sangre galaica en las venas...

PRAGMACIO SALGADO

El Otoño del poeta

Novela corta por PEDRO MONTERO GALVACHE

(Continuación)

—Siéntate, Angelita — repitió, señalándole la otomana, de patas muy cortas, labrada con caprichosas labores florentinas.

Volvió la cara, arrebolada por el fuego, y con un mohín delicioso de coquetería, exclamó:

—¡Ah! ¿Pero te olvidas de la taza de té que me prometistes? Pues te advierto que tengo un hambre canina.

—Perdona, nena. Me estoy haciendo olvidadizo. Quizás esta vida de retraimiento, de soledad, a la que no estaba acostumbrado...

—Siento mucho romper el encanto de tu idilio campestre, porque conmigo viene a la Heredad de Lis, una renovación de vida, una ráfaga de recuerdos de nuestro mundo de artistas, sin estorbos de prejuicios, sin necios temores de castigos absurdos...

—No lo sientas, chiquilla. Ya me pesaba este destierro. Gracias a tí, en lo sucesivo, me será llevadero y amable.

—¿Queda mucho a tu cura de reposo?

—Los médicos no me fijaron fecha; y como aún me noto sin fuerzas, no me atrevo a salir de aquí. Ese mundo nuestro de que hablas, me atrae y me asusta. Hace falta mucha salud para enfrentarse con él, y ya ves cómo estoy, casi en ruínas.

Rió con una risa alegre, nerviosa, casi forzada:

—¡Bah! Déjate de pesimismo. Eres joven, y te pondrás bueno muy pronto. Tu necesitabas una mujer a tu lado, cariñosa, inteligente, solícita, para cuidarte con mimos. Porque lo que tu tienes no es anemia, sino sed de cariño. Tu estás hecho a vivir, preso en la red de exquisitas ternezas, que tantas mujeres hermosas tejieron en torno tuyo; y ahora, al verte tan solo, este palacio sombrío, grandioso, se te cae encima.

Se había puesto de pie, y despacio, mientras charlaba, había acercado al butacón que ocupaba Javier, hasta reclinarse en uno de sus brazos.

Otra vez quiso buscar, con los suyos, los labios de Benalgar, y otra vez la alejó él, con un ademán dulce y enérgico.

Disimulando su enfado, se asomó a la galería que caía sobre el parque, y tocando, con las uñas, pintadas de esmalte muy rojo, una musiquilla populachera, en los cristales, suspiró:

—¡Qué tarde tan triste! Llueve tanto, que todo el jardín parece anegado. Hay arriates que desbordan ya el agua.

Sonó un timbre lejano.

—¿Has llamado? — preguntó Angelita.

—Sí. Ahora vendrán a servirnos la merienda. ¿Qué quieres con el té?

Quedóse un rato pensativa, con la mirada clavada en los ojos del Marqués.

—¿Quién va a venir? ¿La vieja que vimos al entrar? ¡Oh! ¡Por Dios! Que no venga, te lo suplico. Ella me recibió cuando bajé del auto, a la puerta de tu casa, y me indicó dónde estabas. Y todo con una cara «feroche» que daba miedo. Después, ya viste cómo contestó a tus bromas en el vestíbulo. Deseo tropezarme con ella lo menos posible.

A Javier le extrañó la altivez, el desprecio, con que Angelita se expresaba; y al rozar con el pensamiento la escena desagradable que la amiga le recordaba, sintió de nuevo aquel frío que le invadió al ver los ojos huraños, la actitud de reproche, con que Laura acogió a la intrusa, en el viejo Palacio de Lis, cuna y sepulcro de una gran raza de hombres y mujeres sin tacha.

—Sí. Después de todo, será mejor que la veas lo menos posible.

—Díme dónde puedo encontrar algo de comer, y yo misma lo arreglaré todo.

La acompañó al comedor y a la despensa; eligieron un servicio de té muy bonito, de porcelana marfileña con adornos negros; platos, vasos, fiambres, frutas...

—¿Pero criatura, a dónde vas con todo eso? —sonreía Javier—. ¿Vas a dar de merendar a un regimiento?

Muy seria, muy en su papel de ama de casa, no le oía. Pasaba del comedor a la despensa y de ésta a la cocina, registrándolo todo, inspeccionándolo todo, almacenando en dos grandes bandejas de plata, cuantos objetos juzgaba precisos para la comilona que proyectaba.

—Pero hijo, ¡qué tontos sois los hombres! ¿Aún no adivinas? ¡Pues sí que hay que ser listo! Vamos a improvisar una cena, ¿eh? Una cena fría, con champán y música en tu saloncito, junto a aquella chimenea tan imponente. Yo tocaré en tu viejo piano de cola, la música que prefieras; y tu me leerás los últimos versos que hayas hecho. Ya verás, chiquillo, qué bien lo pasamos... Y sobre todo, los dos solos. ¡Dios mío, cuántísimo deseaba que llegara esta ocasión...!

XV

—Verás qué cena tan deliciosa. Una cena fría con música solemne y augusta de los grandes maestros; con champán helado, y sobre todo, con la dulce seguridad de sabernos solos, completamente solos.

Se habían sentado en los extremos de una mesita ovalada, cubierta por un mantel muy fino de hilo. La luz, tamizada por las pantallas de seda, de un azul pálido, caía sobre la porcelana y la plata del servicio, arrancándole irisaciones suaves de conchas marinas. En la chimenea, ardían los haces de leña, con efluvios afrodisiacos de rosas d'Orsai y drogas orientales, y en las ventanas de la galería, colgada sobre el jardín, aullaba el viento, y temblaba la lluvia im placable y tenaz.

Ángelita charlaba, olvidados el frío y el cansancio, con esa vivacidad de las mujeres cuando desean resucitar viejos amores, enterrados ya, bajo la capa de ceniza de otras pasiones. Javier la escuchaba, contemplándola con vaguedad somnolienta, arrullado por la armonía de aquella voz, que le traía recuerdos—los más bellos y fuertes recuerdos—de su pasado galante. Realmente, estaba hermosa, así de excitada, con el vapor del champán, y el calor tibio de los manjares y la fogata. Había cambiado el traje azul por una bata desceñida, de lana esponjosa, de un rojo subido, con grandes margaritas blancas; y sobre aquel fondo escarlata, las mejillas de la artista y sus ojos negros, inmensos, y sus dientes, de una blancura mate de jazmín, tenían cambiantes tonalidades de perlas.

—¿Pero no comes, criatura? ¿Hasta cuando te va a durar esa tristeza? Anda, estas lonjas de jamón, y unos sorbos de champán. Todo es empezar, y entonar el estómago...

Insinuante, le ofrecía los fiambres, y las copas, llenas hasta los bordes, anhelando encender en las pupilas de Benalgar el mismo fulgor de ilusión y deseo que había prendido en las suyas.

—No te molestes, nena. Si tengo un apetito excelente, ¿no ves? Y comía, venciendo, anodado por una pesadumbre infinita.

Después, Ángelita tocó unos trozos de la «Patética», y las Sonatas; y el «intermezzo» de la Leyenda del beso, y el Momento musical, y la Marcha de Aida. No se cansaba. Poseída de un nerviosismo absurdo, pulsaba la clave, hundiéndose en el sueño divino que provocaban en su cerebro, la música, el champán y el amor. Al atacar las notas magníficas de la Marcha triunfal, su cuerpo, inclinado sobre las teclas de marfil, abatida la cabeza, como si escuchara un lenguaje, solo conocido de ella, tenía un leve temblor sensual. El, recostado en el canapé de enormes almohadones de miraguano, permanecía silencioso. De pronto se irguió, y con voz ahogada, suplicó:

—Deja el piano, Angelita. Háblame de nuestro mundo, de tus triunfos...

Se engarzaron en una conversación absorbente, inacabable. Con el gracejo y la ironía de los artistas vencedores y bohemios, Angelita le habló de aquel mundo, en el que, con una mezcla encantadora de ingenuidad y cinismo, casi todos se olvidan de esas cosas que las gentes llaman decoro, moral, buen sentido.

—¿Recuerdas a Paquita Alvarez, aquella chica tan estupenda que hace dos inviernos hacía furor en Negresco?

—¿La del escándalo con el ministro Ordóñez?

—Justo. ¡Pobre ministro! ¡Cómo le desplumó! Pero no digas, que la cosa tuvo una enormidad de gracia. ¡Mira tú, que saquear a Ordóñez, que se dejaba en mantillas a los Siete Niños juntos! Hace falta talento, ¿eh?

—Hace falta no tener vergüenza—comentó él, riendo, al evocar el escándalo morrocotudo.

—¡Huy, nene! ¡Que palabra más poco armónica! Habiendo tantas otras, tan bonitas, y que significan lo mismo...

—Pero ninguna tan rotunda.

—Ten en cuenta, que en esta vida, todo puede hacerse y decirse, aún las cosas más bárbaras y absurdas, si se obra con elegancia, si se les sabe dar un baño de buen tono... No te escandalices; es tu doctrina. ¿Has mudado ya de opinión?

—Bien. Dejémonos de filosofías. ¿Qué le pasa a Paquita?

—¡Ah! Pues nada. No tiene importancia. Como querías que te hablara de nuestra gente... Ahora anda por los mares de Noruega, gastando un capital, con un duque alemán, destronado, y tronado.

—Me alegro. Ese se encargará de vengar al infeliz Ordóñez.

—Eso quisiera ella. Sería señal de que la aventura duraba, porque tu sabes que Paquita se hizo de un verdadero fortunón.

—Ya, ya... Oye, y de Totó Sierra Bermeja, ¿qué habrá sido?

—Sí, hombre, también lo he visto. Me lo encontré en Estoril, cuando yo iba de paso para embarcar en Lisboa. Iba en su «yate», con un chico, hijo, según decían, de una princesa rusa. Un chico muy «bien», guapo, arrogante, rodeado de una leyenda de misterio, que le hacía aún más sugestivo.

Y con una mordacidad sangrienta, mientras encendía el cigarrillo que Benalgar acababa de darle, añadió:

—Como Totó fué siempre tan monárquico, no tiene nada de extraño que ayude al hijo de la rusa a abrirse un porvenir.

Javier, serio, con la misma sangrienta mordacidad, exclamó:

—Hay que reconocer que Sierra Bermeja, además de monárquico, ha sido siempre un hombre de muy buen gusto.

Angelita le miró, entre risueña y ofendida, pero no le contestó. Así transcurrieron varias horas, conversando acerca de las mismas trivialidades, en el mismo tono de ironía, de frivolidad, de banal ligereza.

A la madrugada, casi en cenizas la chimenea, abrumados de sueño, callaron largo rato. La artista tendió una mirada somnolienta en torno... Encima de la mesita ovalada, entre los restos de la cena, las copas de champán brillaban con ese matiz del oro viejo que amaron los antiguos:

Javier dormitaba en el canapé de enormes almohadones. Angelita le despertó:

—¿Vamos a dormir? Para ser la primera noche, ya has alterado bastante tu austero plan de vida, en honor mío.

Con un mohín picaresco, insinuó:

(Se continuará)

“Almoneda”

Comedia en tres actos y un intermedio, de José María Pemán.

«El teatro—dice el autor en su autocrítica—es algo tan necesario a la colectividad humana como la voz y el gesto al individuo... Un periodo histórico sin teatro sería algo mutilado, afónico, que ni se sentiría a sí mismo, ni sería comprendido por los demás... Terminé de escribir «Almoneda» quince o veinte días antes del movimiento nacional. La escribía en días agónicos, de necesario encierro, mientras rugían, de continuo, ante mis ventanas, manifestaciones de odio y disolución... Y de ella nació esta comedia donde se pinta la almoneda de todos los valores europeos—orden, autoridad, jerarquía, belleza—entregado a precio de saldo a todo lo más selvático, bárbaro e inferior.»

Los personajes centrales que desarrollan este pensamiento y que encarnan las dos ideas ejes: de orden y disolución, son dos hermanas; Cecilia y Pilar.

Cecilia es doctora en Filosofía y Letras. Ha forjado su espíritu al calor de la fragua del Liceo y de la Universidad. Ha vivido con sus profesores y compañeros la crítica de los temas científicos y las charlas picarescas estudiantiles y no obstante, o precisamente por eso, su carácter, todo un carácter, heredado quizás de la madre, cuya memoria se venera en varios pasajes de la obra, se ha afianzado en exquisiteces de donaire, de razonamiento, de sentires, de amor a Dios, a la patria y al hogar.

Pilar, heredó del padre la vacuidad de inteligencia y la confusión de su destino. El medio y la ocasión obran sobre ella como el molde en la materia, como el crisol en el bronce líquido. En uno de esos planes de la juventud de hoy se presenta al concurso de Miss Europa y con su pandilla, «la cofradía de los zulus», marcha a París y obtiene el clamoroso triunfo. Con ellos regresa al final del encantador acto primero, exhibiendo como trofeo de sus conquistas a un chofer negro. ¡Estupendo ejemplar de la raza!

Claro que en la casa ya se habían comentado estas travesuras. El tío Palafox con su sentido socarrón y práctico. El Secretario del padre de las muchachas, Casaux, uno de esos Secretarios que preparan los discursos políticos de sus jefes consiguiendo sorprender a los íntimos del prohombre que aquél hombre tenga de cuando en cuando destellos de inteligencia. Cecilia lo comprende todo. Le ciega, quizás, el cariño paternal, cuando siempre perdona a la pobre muñeca.

Y la pobre muñeca sumergida en la locura de la pandilla, queriendo ser siempre original, ante todo triunfadora, en las luminosas escenas del acto segundo, en el cuadro del bar playero; donde juegan el descoco, la insidia, la rebeldía de raza y la traición, sencillamente, como azar y entretenimiento, la pobre Pilar pierde la más cruel y ruinosa partida, la que le había elevado a la categoría de ídolo: su carne, su pasión, su incomparable hermosura. Escenas de celos del macho salvaje, del negro Nikita, nos hacen presagiar la tragedia. No solo es ella cartón y estopa. Vibra dentro de su sér, en lo más profundo, un alma nueva. Mas como aún está esclavizada a su carne, a la materia, al hierro candente se agarra para no caer y asida a

Carlón, su «firt» de corazón más noble y generoso, aunque inculto como ella y adorador de su fuerza y del título que ostenta, campeón de España, entabla con él una breve lucha que se inicia con súplicas, con llantos, con recriminaciones, para terminar ordenándole que la salve, que la lleve lejos, como si fuera un rapto, ¡qué importa!, dentro de unos instantes, ahora mismo. En el segundo cuadro de este variadísimo segundo acto; después de un intermedio a telón corrido, en el que los chismosos nos enteran del escándalo de la fuga y del regreso de Pilar abandonada por Carlón; volvemos a la casa paterna y encontramos a Cecilia, la mujer casera, la de la tradición española, con todo el brío de su carácter y la magnificencia del simbolismo que el insigne autor ha sabido darle a esta heroína de carne y hueso.

Almoneda de los muebles de la casa para rehacer la economía. Almoneda de las ambiciones políticas del padre. Almoneda de los estragos de la vida frívola en la austera familia española recluyendo a la hermana en una clínica como asistida de supuestas fiebres.

Cecilia se impone a todos, porque es acción y es pensamiento, carácter sobre el medio, salva las escabrosidades de aquel momento difícil. Procura no teñir de tragedia y de sangre el instante de prueba. Perfuma el drama con emoción y poesía. Mientras ensaya, a cuatro preciosas educandas, su auto de Europa, encaladora de mundos, que lleva de la mano a su hija predilecta España, quien va sembrando de jazmines los caminos, seguida de su cortejo de misioneros y conquistadores; recibe, inmutable, la fatal noticia. Pilar, la muñeca, Miss Europa, ¡ha tenido un hijo negro!

El tercer acto es el más humano de la comedia. Humanidad rezuman todas sus escenas. Vuelven pujantes las ideas ejes: orden y disolución; carácter y medio. El medio envolvió a una gran parte de la buena sociedad española en un oleaje espumoso de inmoralidad y de materialismo anárquico a la grey trabajadora. Vuelve a amanecer la tradición hispana sobre los campos de Extremadura. El aire impuro que la enrarecía deja ver por su transparencia la naturaleza de Dios. Pilar se complace en reflejar su belleza dulcificada por el dolor en las aguas de la fuente, horas tras horas. Vuelve Carlón, en resección de su alma generosa a remediar la desdicha de la muñeca hoy madre y mujer devotísima. Renuncia el padre a la funesta política que por su imprevisión hundió a España en el caos. Intenta Casaux levantar el velo de su callada pasión por Cecilia.

Pero Cecilia vuelve la mirada a aquella llanura seca, a tantas gloriosas ruínas, a los hombres de bronce por el fuego del sol y la brisa de los campos y encadenando a su mejor suerte el resto de su existencia, dice estas sencillas palabras: «Mucho tengo que hacer aquí».

Y el poeta, dijo, después, cuando aclamado por el público le obligó a exponer su inspirado verbo, que a igual al obrero que trazó la Cruz, gracias a la ingenuidad de la heroína, anhela él, que ante el signo de autoridad en su árbol y de acogimiento y perdón en los brazos, traigan pronto en homenaje pujante claveles de Valencia, rosas de Montjuich y violetas del Retiro. El ilustre dramaturgo José María Pemán y la ilustre actriz Carmen Díaz, que encarnó irrepudablemente con la flexibilidad de su talento y los matices de su corazón la imponderable Cecilia, recibieron, cogidos de la mano, el homenaje del público entusiasmado, seguido de su cortejo de conquistadores y misioneros de la escena, Simó Raso, Rafaela Latorres, Bardem, Maruja García Alonso, Vicente Soler, Luna, Albuquerque y de todos los demás intérpretes, porque todos estuvieron a la altura del solemne acontecimiento.

MANUEL CHACÓN SÁNCHEZ

Ayuntamiento de Madrid

BIBLIOGRAFÍA

En esta sección daremos la crítica de los libros y revistas que nos sean remitidos por sus autores.

“LAS FIESTAS DE SEVILLA”.—Revista editada por la Asociación de la Prensa de Sevilla.—1937. —Julio Estefanía, el fino escritor y poeta, Subdirector de F. E., nos envía un ejemplar de esta bella y lujosa revista, editada por los periodistas de Sevilla. Este año, lo que siempre ha sido un haz de poemas o de trabajos en prosa, consagrados más que nada a cantar Sevilla en sus hermosas fiestas primaverales, ha llegado a ser este año una exquisita unidad de poemas, una perfecta identidad lírica, en honor de nuestra Guerra, de sus hombres o de sus hechos. Viene a nuestras manos delicadamente presentada, a base de un estupendo papel couché con infinidad de trabajos fotográficos y de selecta colaboración. Y en sus páginas, grandes, amplias al sueño o a la evocación—¡oh fino y gracioso romance de la «Flamenca» de Estefanía!—, todos o casi todos, los mejores eso sí, poetas de Sevilla, unen sus canciones para un mismo afán de paz y de alma.

Destaquemos:

El soneto de Adriano del Valle a Bécquer, la «Elegía de Jacinto Ilusión» que Pemán consagra a la memoria del inmortal sevillano José María Izquierdo, la citada «Flamenca» de Julio Estefanía, el soneto de Díez Crespo, el Romance de 1908 de Fernando Villalón, el poema «Anunciación» de Rosales, y la poesía de Manzano «Al Ausente»: todo ello en lo que se refiere al verso. En la prosa, hagamos mención especial de: Pedro de León, por su «Camellos en Nador», la acertadísima reproducción de «El amigo enemigo» de Manuel Halcón, premio Unidad. Además colaboran Manuel Machado, Barrios Maseró, San José (Diego), José Carlos de Luna, Rodríguez Mateo, Muñoz San Román y Santiago Montoto, el culto escritor, que publica un magnífico trabajo en prosa con el título de «El Hada madrina de Bécquer». Fotografías del Generalísimo, del General Queipo de Llano, de José Antonio, y algunos originales más de indudable mérito completan el sumario.

«LAS FIESTAS DE SEVILLA», de este año, en la unidad de su revista anual, han constituido un nuevo éxito, y sinceramente felicitamos a todos los que han sabido, con su esfuerzo, merecerlo y ganarlo.

A Julio Estefanía, en nombre de los otros compañeros ausentes, muy agradecido por el envío de la revista.—P. M. G.

“HOGAR ESPAÑOL”.—Revista quincenal para la familia y para la casa.—Editada en Zaragoza. —Hemos recibido el número 2 de esta interesante revista de modas, de literatura, de arte, de recetas, de poesía: revista muy necesaria y útil en todo hogar de la Patria, donde se rinda culto al espíritu. Recogemos aquí, en nuestra sección de bibliografía, la llegada de «Hogar Español», porque ya empezaba a notarse la falta de una publicación así, de esta buena índole, para iniciar la obra de la espiritualización de la familia. Esto, unido a su amenidad, hacen que la revista aragonesa sea doblemente interesante y vigorosa.

Con muchísimo gusto correspondemos al envío de este número, dejando establecido, de esta forma, el intercambio.

Destaquemos en este segundo número a: Diego Díaz Hierro, con su poesía «Mi Cruz», y algunos reportajes de fino estilo. Puede pedir esta revista a la calle Alfonso I, n.º 18, Zaragoza.

Hemos recibido, al salir este número, la revista semanal ilustrada, órgano de la Constructora Naval de San Fernando, «HAZ», que dirige el notable periodista Pepe Carretero Troya.

En el próximo número nos ocuparemos debidamente de esta interesante publicación que los talleres de la Constructora dedican a sus obreros.

Enviamos, como acuse de recibo, nuestra felicitación a su director y redactores.

Ayuntamiento de Madrid

CONSEJO PARA CONOCER LA
CALIDAD
DE UN PRODUCTO



SABER SI ESTE VINO ES BUENO
ES FACIL, NO ES UNA CIENCIA.
PRUEBA ESTE MEDIO SENCILLO;
!! PREGUNTA A LA COMPETENCIA !!

Solero

Talleres Tipográficos

M. MARTIN

José L. Díez, 7. - Telf. 1259. - Jerez

Encargando sus trabajos a estos talleres, quedará Vd. satisfecho de la calidad y economía que encontrará en los mismos



Yo la he bebío,
la mejón manzanilla
y iolé!,
la de «El Rocío».

Yo la he bebío,
la mejón manzanilla
y iolé!,
la de «El Rocío».

Viuda de R. Manjón

Sanlúcar de Barrameda

Esencias y Productos Enológicos

“LUQUE”

GENERAL SÁNCHEZ MIRA, NÚM. 14.

TELÉFONO NÚM. 1736

Ayuntamiento de Jerez DE LA FRONTERA

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8.-T. 1928

FOTO ARTÍSTICA

PANIAGUA

José Antonio Primo de Rivera, 47. JEREZ

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

ESPECIALIDADES: AMONTILLADO VICTORIA :: COÑAC PLUS ULTRA
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

DISPONIBLE

J. FIALLO

Trabajos fotográficos de todas clases.-La más visitada.
Taller para Aficionados.

Santa María, 15. JEREZ

E. RIVELOTT

Tapones CORONA

Precintaje en general

General Sánchez Mira, 25. JEREZ

NUESTRA VOZ DE PATRIA

Como los Caudillos legendarios que fueron Luz y Símbolo de las muchedumbres creyentes y místicas, en los siglos lejanos y heroicos de las Grandes Cruzadas Religiosas, **FRANCO** abre paso con la Espada, al Imperio de la Cruz y la Cultura.

En esta Hora Sagrada, en que la Voz augusta de los muertos canta, con Himnos de Eternidad, el triunfo de los Yugos y las Flechas, lancemos a lo alto, con empuje de vidas desgarradas, nuestro Grito de Paz y de Siembra.

Por la voluntad de **FRANCO: ¡ARRIBA ESPAÑA!**

Ayuntamiento de Madrid

Tres marcas,
Tres tipos,
Tres estilos:

Vino de la Raza
Oloroso Viejísimo

Río Viejo
Macharnudo Alto

Jandilla
Amontillado Macharnudo

Son tres vinos de
Domecq